

Las dos muertes de Juan Escudero.

Paco Ignacio Taibo II



V LEGISLATURA

COMISIÓN DE GOBIERNO

Presidenta

Dip. María Alejandra Barrales Magdaleno

Secretaria

Dip. Aleida Alavez Ruíz

Coordinadores de Grupos Parlamentarios

Dip. Mariana Gómez del Campo Gurza

Dip. Israel Betanzos Cortés

Dip. Raúl Antonio Nava Vega

Dip. Adolfo Orive Bellinger

Integrantes

Dip. Julio César Moreno Rivera

Dip. Adolfo Uriel González Monzón

Dip. Maximiliano Reyes Zúñiga

Dip. Alejandro Carbajal González

Dip. Rafael Miguel Medina Pederzini

© Paco Ignacio Taibo II.

Diciembre 2010

Ésta es una publicación de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal
y Para Leer en Libertad A.C.

www.aldf.gob.mx

brigadaparaleenlibertad@gmail.com

www.brigadaparaleenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero





*Cuando descubrió que estaba en
el infierno y no en el paraíso, era
demasiado tarde para huir, y se dedicó
a incendiarlo.*

Mehmet Karim

*Con prestigio de magia vence Don
Juan.*

Jorge Guillén



BAILAR DESCALZO

La música llega al jardín de las ventanas abiertas y la veranda; una orquesta pueblerina está tocando un vals en el salón. Una singular cadena de tradiciones reúne a la fiesta en casa de los comerciantes ricos con los pobres que escuchan; incluso las reglas no escritas de las costumbres hacen que la distancia sea de unos diez metros entre el porche y los mirrones, recostados en los árboles, sentados bajo los mangos.

El invitado se acerca a la casona cruzando el jardín; viste un traje blanco de tres piezas y botas negras de montar sobre los pantalones. Al cruzar entre el centenar de pueblerinos que observan, saluda a uno aquí y allá: un lancharo, una sirvienta, un estibador y sus hijos. El vals sigue sonando. El invitado camina hacia la casa donde en el calor furibundo de la noche del trópico las mujeres y los jóvenes hijos de los ricos del pueblo bailan y sudan. Cuando está a punto de llegar a la casa, el joven invitado duda y se detiene. Durante un instante queda detenido entre el mundo del pueblo que mira y escucha y los ricos que bailan.

Luego, se decide y camina de regreso. Se detiene ante una gorda matrona que vende pescado en el mercado, se quita las botas y las deposita a su lado y le pide que baile con él. La mujer se ríe.

Las dos muertes de Juan Escudero

Bailan en el jardín con la música que llega de lejos, ambos descalzos, como todos los demás que los rodean. Bailan un poco torpes, el mismo vals que bailan en el interior de la casa.

Nunca pude saber qué vals era. La historia me la contó un viejo, que había sido uno de los niños que rodeaban a los bailarines, o que eso creía recordar, o que se la habían contado, o que se la había narrado alguien a quien a su vez se la habían contado; pero describía con precisión el traje blanco de Juan, los árboles en el jardín. Y en su memoria propia o generada en el pozo sin fondo de los mitos populares, resaltaba la historia de las botas: «Y se quitó las pinches botas para bailar descalzo». De tal manera que la sabia memoria rescataba lo fundamental, no importaba que se hubiera perdido el nombre del vals.

El día en que me narraron esta historia Juan llevaba sesenta años de muerto, estábamos en Aca-pulco y sus restos eran trasladados a la Rotonda de los Hombres Ilustres. No me atreví a usar la historia en la primera revisión del libro que había escrito con Rogelio Vizcaíno, tenía un tono hollywoodiano que la hacía poco creíble. Hoy la rescato mientras en el recuerdo colectivo de Juan, que hoy es también el mío, queda claro que no sólo bailó con los pobres, sino que se quitó las botas para bailar descalzo.

LOS PRIMEROS TREINTA

Al niño que nació el 27 de mayo de 1890 le pusieron Juan Ranulfo. El padre era un comerciante español que levantaba familia por segunda vez, Francisco Escudero y Espronceda, de cuarenta y cuatro años, nativo de Torrelavega, provincia de Santander; su madre, doña Irene Reguera, era de Ometepec, Guerrero, y tenía catorce años menos que su marido, pero compensaba su menor edad con una peculiar fortaleza, una imagen de reciedumbre de la que no estaba exenta el que fumara puros.

Juan Ranulfo Escudero Reguera tuvo por padrinos a dos comerciantes gachupines amigos de la familia: Rufino de Orve y Ernesto Azaola. El lugar del hecho era el puerto de Acapulco, paraíso tropical mexicano dejado de la mano de Dios y férreamente atrapado por las manos de algunos hombres.

Juan R. creció en el seno de una familia acomodada que poseía terrenos en Río Grande y Las Palmeras, casas y un comercio de telas y abarrotes. Hijo de uno más de los «gachupines» (años más tarde el padre de Juan usaría una frase para distinguirse: «Tus enemigos son gachupines, yo soy español»), aquellos iberos de origen agrario y pocas luces intelectuales que habían llegado con el siglo a tierras nuevas para «hacer la América» a base de sudar abundantemente, jornada de catorce horas de mostrador, malicia primitiva en el negocio (comprar

Las dos muertes de Juan Escudero

barato y no vender muy caro), explotación feroz de parientes y empleados, y cuyo sueño era enriquecerse y retornar para edificar en el pueblo de origen una iglesia que perpetuara su gloria y plantar una palmera en su mansión que recordara «la América»; personajes clásicos, racistas en casi todas las costumbres menos en las del sexo y el dinero.

Francisco Escudero, a pesar de ser comerciante, español y vivir en Acapulco, era un hombre honrado (como se verá más tarde, estas características no dejan de ser sorprendentes). Juan R. fue el primero de los hijos de ese matrimonio al que siguieron María, Fulgencio, Francisco y Felipe.

A partir de los siete años, Juan estudió en la Escuela Real, y se dice que fue importante en su formación el humanismo de un profesor suyo, Eduardo Mendoza.

Alejandro Martínez, biógrafo de Escudero, cuenta:

[...] acompañaba a sus amigos hasta sus hogares y era en ellos donde palpaba más la pobreza de sus moradores. Veía cómo casi todos dormían sobre petates en el suelo. Los niños mal vestidos, con una alimentación deficiente. Contempló cómo los enfermos se morían porque no tenían dinero para comprar las medicinas necesarias.

En plena adolescencia fue enviado por su padre a estudiar en Oakland, California; lo que no deja de ser inusitado en un mundo cuyas costumbres hacían

que los primogénitos no estaban obligados a estudiar más que rudimentos de contabilidad para asumir rápidamente la continuidad del negocio familiar. Extrañamente, resultaba entonces más fácil para una familia acomodada enviar a sus hijos a estudiar a la costa oeste de los Estados Unidos que a la Ciudad de México, con la que no había comunicación por carretera. Escudero estudió en el Saint Mary's College secundaria y el oficio de mecánico electricista.

Los historiadores que han seguido la trayectoria del personaje discrepan sobre las fechas de su estancia allá. Mientras unos lo hacen permanecer de 1907 a 1910, otros dicen que regresó a México en 1907 a causa de una enfermedad.

Es difícil saber si en aquellos años conoció personalmente a Ricardo Flores Magón, el hombre que organizaba con una singular propuesta anarquista y agrarista la revolución contra la dictadura de Porfirio Díaz y que realizaba desde el exilio una fuerte labor de propaganda.

Bien sea por su conocimiento directo del magonismo, o por una influencia indirecta de éste, Juan R. regresó a Acapulco dispuesto a romper con su pasado de hijo de comerciante español y lo que esto implicaba en el puerto.

Poco después de su llegada construyó una lancha de motor a la que bautizó como la Adelina (en recuerdo de Adelina Loperetaguí, una novia que había tenido) y se dedicó a organizar excursiones a la cercana isla de la Roqueta y labores en la descarga

Las dos muertes de Juan Escudero

de los barcos. En contacto con pescadores y estimadores, comenzó un trabajo de organización que culminó hacia los primeros meses de 1913 con la fundación de la Liga de Trabajadores a Bordo de los Barcos y Tierra, que combatió por jornada de ocho horas, aumento de salario, descanso dominical, pago a la semana en moneda nacional y protección contra accidentes.

Juan además chocó contra los contratistas norteamericanos que reclutaban acapulqueños para la recolección de café en Chiapas ofreciendo salarios muy bajos. Exigió salario mínimo de tres pesos diarios, levantando un importante movimiento.

Su labor como organizador sindical lo enfrentó con el monopolio comercial y éste utilizó al jefe militar de la zona, Silvestre Mariscal, quien expulsó a Escudero de Acapulco en 1915.

De 1915 a 1918 Juan R. vive la vida de un exiliado, dentro de su país pero fuera de su patria chica. De Acapulco viaja a Salina Cruz. Persigue durante meses una entrevista con Venustiano Carranza, el caudillo triunfante en la lucha de facciones en la que había desembocado la revolución mexicana. Juan había escrito un memorial en el que pedía:

Financiamiento para que fuera el sindicato el encargado de comercializar los alimentos de primera necesidad, y evitar que el monopolio gachupín matara de hambre a toda la población, incluido el ejercito; pedía la expropiación de terrenos para fundar una colonia obrera fuera de la ciudad

y con parcelas de cultivo para que los obreros se ayudaran con la agricultura, terrenos pagaderos a cinco años y bajo algún título que los hiciera inenajenables, dado que hasta las casuchas que habitaban en el puerto eran propiedad de las casas comerciales españolas, y con facilidad los despojaban de ellas, pedía también un local social para la agrupación que además de oficina sirviera de escuela, teatro y cine instructivo.

Nunca obtendrá la entrevista.

De ahí se transporta a la capital de México, donde se reúne con su hermano Fulgencio. Trabaja como inspector de jardines, establece relaciones con los anarquistas y pasa las tardes en la Casa del Obrero Mundial. Parte después a Veracruz, y ahí sostiene correspondencia con Ricardo Flores Magón. Más tarde vive en Tehuantepec donde es secretario del juzgado. Ahí aprende los usos legales de la época y estudia detenidamente la recién promulgada Constitución de 1917. En agosto de 1918 regresa a Acapulco.

Ha sido la suya una peregrinación a la espera del retorno. Ha buscado infructuosamente el apoyo a su proyecto de los revolucionarios triunfantes y ha recibido la influencia de las organizaciones sindicales. El país ofrecía en aquellos años vertiginosos sobradas posibilidades vitales para el joven Escudero, pero este tiene una deuda que saldar. Cuando Juan R. vuelve al puerto aún no ha cumplido treinta años.



LOS DUEÑOS DEL PUERTO

Al iniciarse la segunda década del siglo XX, el sometimiento de los costeros al dominio y la explotación de los comerciantes españoles en Acapulco es casi absoluto. Tres grandes consorcios controlan y rigen la vida económica de la ciudad y de las costas del Pacífico cercanas al puerto: la casa comercial Alzuyeta y Compañía, fundada en 1821, paradójicamente año de la independencia nacional; B. Fernández y Cía. y Fernández Hermanos (La Ciudad de Oviedo), constituida en 1900. Sus propietarios son vascos en el caso de la primera, y asturianos (sin parentesco entre sí) en el caso de las dos siguientes. Los jefes de las casas eran Marcelino Miaja (B. Fernández y Cía.), Jesús Fernández (Fernández Hnos.) y Pascual Arana-ga (Alzuyeta y Cía.).

A lo largo de un siglo, lo que en origen fueron grandes casas comerciales, que controlaban la venta de productos llevados a Acapulco desde otras tierras y monopolizaban la exportación de productos agrícolas, llegaron a constituirse en un complejo sistema monopólico que sin poseer directamente la totalidad de los bienes de los costeros, controlaba férreamente la industria, el comercio, el comercio en menudeo, el transporte por tierra, el transporte marítimo, los movimientos portuarios, la compra y venta de productos agrícolas, la pesca y la mayor parte de los servicios, como bancos, seguros, telé-

Las dos muertes de Juan Escudero

grafos. Punto de partida para ejercer el poder sobre funcionarios públicos: alcaldes, empleados aduanales y jefes de la zona militar.

El control gachupín del puerto se veía acompañado por un tipo de dominio aberrante que apelaba a la violencia, el racismo, la asfixia económica, el fraude, la intriga y el crimen.

El principal punto de apoyo del monopolio se encontraba en el tremendo aislamiento del puerto. Por tierra, desde Chilpancingo, no había más que un triste camino de brecha, que se tardaba en recorrer una semana en recua de muías, en medio de un calor agobiante y grandes peligros; por mar la comunicación se realizaba a través de líneas de paquebotes que hacían servicio regular entre Acapulco y Salina Cruz o Manzanillo.

Las tres firmas, dueñas de la mayor parte del transporte por mulas, impidieron en incontables ocasiones la construcción de la carretera México-Acapulco, sobornando a los ingenieros y técnicos que el gobierno central había comisionado para informar sobre las posibilidades de construirla. Los barcos y las rutas de navegación estaban sujetos a los intereses de los consorcios que eran dueños de las pequeñas flotas. Habían destruido toda pequeña competencia con métodos tales como sobornar a los capitanes de embarcaciones mexicanas para que encallaran. En un lapso de veinte años se había construido su control exclusivo del transporte marítimo destruyendo físicamente los barcos de sus competi-

dores, como en el caso de Humberto Vidales, a quien le fueron hundidos los navíos El Progreso, de nueve toneladas, y La Otilia, de seis.

Acapulco será entonces puerto sin muelle por decisión de los explotadores, únicos dueños de barcos y chalanas. El control total de la carga y descarga marítima les permite impedir que ingresen mercancías capaces de competir con su monopolio. La descarga de los barcos de pabellón extranjero que llegan a Acapulco, y de cuyas casas matrices los gachupines son representantes, se hará por medio de chalanas y éstas se acercan a la playa donde se realiza una segunda descarga por trabajadores, asalariados de las tres casas, con el agua al cuello. Para consolidar su monopolio, retrasaban por un tiempo indefinido la descarga de productos ajenos, permitiendo que se deterioraran.

El informador del presidente Álvaro Obregón, Isaías L. Acosta, decía en un reporte años más tarde: «Si viene algún artículo de primera necesidad que esté escaso como maíz o harina primero saltan su carga, y hasta que han realizado una parte a buen precio, saltan la de otros».

Los estibadores, que fueron el sector que primero organizó Juan Escudero, estaban sometidos a salarios de hambre; se pagaba igual el trabajo diurno que el nocturno, no había descanso dominical ni protección contra accidentes.

Las casas intervenían también en el comercio al menudeo del puerto, financiando y endeudando

Las dos muertes de Juan Escudero

a los pequeños comerciantes, a los que abastecían con sus productos. El control de los almacenes y las bodegas que tenían en Pie de la Cuesta les permitía determinar los precios del maíz, el frijol, la harina y la manteca. Solo se sustraían a esta situación los aliados menores del triple consorcio que mantenían con ellos relaciones de complicidad y servicio, como los hermanos Nebreda, el cónsul español Juan Rodríguez; el gachupín y boticario doctor Burrón; los hermanos San Millán, dueños del cine y cantina; el comerciante Antonio Pintos, socio menor de B. Fernández, y el impresor y ex alcalde Muñúzuri.

Asimismo, el consorcio era propietario de algunas panaderías, tiendas de abarrotes, la totalidad de los molinos de nixtamal, las carnicerías, algunas tiendas de telas, parte de las imprentas y papelerías y varias cantinas.

Este dominio del pequeño comercio se complementaba con una red de agentes en las zonas agrarias cercanas, que eran el instrumento para acaparar cosechas, comprar a la baja, colocar víveres encarecidos, cobrar deudas y enrolar jornaleros.

Las casas comerciales eran propietarias de haciendas como San Luis y Anexas, Aguas Blancas, El Mirador y La Testadura, y mantenían cordiales relaciones con otros latifundistas españoles como los hermanos Garay, Ramón Solís, Ramón Sierra Pando, los hermanos Guillen, los hermanos Nebreda y Panchito Galeana (que además manejaba la construcción de casas en el puerto).

Desde principios de siglo los comerciantes gachupines se extendieron del comercio al agro, comprando porciones enormes de tierra en la Costa Chica y la Costa Grande hasta llegar a constituirse en grandes latifundistas. Es ésta una típica historia de crímenes y despojos en la que abundan los ejemplos, como el de la misteriosa muerte del rico de Cópala, Macario Figueroa, o el sonado caso, en aquellos años, del robo de la hacienda de Francisco Rivera.

Si ésta fue la relación que entablaron con los viejos propietarios, mucho más envenenada fue la que mantuvieron con los campesinos sin tierras, a los que no dejaron otra que trabajar como arrendatarios.

Alejandro Martínez cuenta:

Como no podían pagar en metálico el derecho de arrendamiento, entregarían al finalizar la cosecha, la mitad del producto. Los gachupines facilitaban la semilla, las viejas herramientas, los víveres y todo lo necesario para el cultivo; cargando el precio a cuenta de la futura cosecha. Con este despiadado sistema, al recoger el producto [...] al campesino le quedaba menos de la cuarta parte de lo recogido.

Los campesinos eran además obligados a sembrar lo que convenía a las casas comerciales, forzando, como lo hicieron en la hacienda El Arenal, a destruir la siembra de ajonjolí para sembrar algodón.

Las dos muertes de Juan Escudero

Los pescadores estaban también bajo el yugo gachupín: «Los cordeles, anzuelos, los comestibles de viaje y hasta las canoas» eran arrendados con el compromiso de vender al proveedor todo lo pescado. La distribución del pescado salado en rancherías y poblados daba salida a los productos del mar adquiridos con una mínima inversión.

Además, eran dueños de las seis fábricas de la región: El Ticui y Aguas Blancas, fábricas textiles que levantaron para aprovechar los cultivos forzados del algodón; La Especial, fábrica de jabón destinada a aprovechar las extensas cantidades de copra que habían monopolizado, y otras tres fábricas instaladas bajo el régimen de comandita, es decir, con dinero de españoles residentes en la península ibérica, administrado por las tres casas dueñas de Acapulco.

En el interior de las casas comerciales la situación no era mejor: los empleados trabajaban doce horas diarias, laboraban festivos y domingos y ganaban cincuenta centavos diarios, el equivalente a la mitad del salario mínimo en zonas agrarias de otras partes del país.

En estos comportamientos dictados por las inflexibles leyes de la barbarie capitalista, hay también rasgos de una maldad a prueba de novela de Dickens. La voracidad de los gachupines los llevó a perseguir sangrientamente a competidores y viejos aliados. Así volvieron loca a la hija de su inveterado testaferro Cecilio Cárdenas, quien habiendo muerto

intestado dejó tres casas a Vicenta, la cual no les vio ni los cimientos gracias a la mano negra del monopolio hispano. Lo mismo trataron de hacer con su ex socio Butrón, al que trastocaron en oro una deuda en billetes y pagó la devaluación del dinero que durante la revolución se hizo papel viejo, y no se tentaron el corazón para echar a la calle a la viuda de Victorio Salinas argumentando una deuda que ya había sido pagada.

Ilustrativa de estos comportamientos puede ser la historia de un pequeño comerciante que habiendo hecho camino en mula desde Michoacán con una carga de alambre de púas, trató de venderlo en el mercado libre, solo para encontrar que al negarse a venderlo a bajo precio a los gachupines, estos pusieron a la venta alambre almacenado a mitad de precio, con lo cual lo arruinaron.

El poder adquirido se transformaba en estilo, el dinero en despotismo, la fuerza monopólica en soberbia, racismo y usura enfermiza: lo mismo se negaban a cambiar giros telegráficos trastornando los sistemas de crédito al uso en la época, que manipulaban las compañías de seguros de las cuales eran representantes; que alteraban el calendario de fiestas patrias haciendo que el puerto celebrara el 8 de septiembre, día de la asturiana Virgen de Covadonga, en lugar del 16, día de la Independencia, y que promovieran al pro español Iturbide como prócer de la patria en lugar del cura Hidalgo. Mantenían el Colegio Guadalupano donde sé impartían clases

Las dos muertes de Juan Escudero

de religión y la marcha real española sustituía al himno nacional en las conmemoraciones.

Los testaferros de las tres casas, que a lo largo de esta historia serán conocidos como «pro gachupinistas», se alternaban en los puestos de mando municipal, de administración de la justicia y de la aduana. En el Ayuntamiento fueron nombrados sucesivamente por las casas comerciales el hacendado Nicolás Uruñuela, el tendero e impresor Muñúzuri, el socio de B. Fernández, Antonio Pintos, el doctor gachupín Butrón, el peruano H. Luz.

Bajo control de los españoles estuvieron también los militares jefes de la plaza, más allá de qué facción dominara el país, lo mismo el coronel Mariscal, huertista, que el carrancista Villaseñor, que los obregonistas Flores y Crispín Sámano. No hubo cambio revolucionario que resistiera las treinta talegas.

Para la administración de estos fondos negros, los Alzuyeta y los Fernández constituyeron el depósito bautizado como La Calavera, que sirvió para sufragar cohechos, pagar pistoleros, asimilar gastos de operaciones de *dumping*, mantener la nómina de funcionarios y financiar el combate contra oponentes menores como los comerciantes libaneses del puerto.

Su control de los cargos públicos era prácticamente total, pues además de designar a los alcaldes y regidores pagaban de sus nóminas a la policía del puerto.

Sociedad cercada, aislada; con un solo trayecto de movilidad: rumbo al abismo, hacía sentir sobre el costeño de cada día la opresión y el racismo, junto con la imposibilidad de progreso. El horizonte del común era un horizonte clausurado, que enmarcaba una vida en la impotencia ante el poder y el privilegio. Para el pequeño comerciante no había perspectiva de cambio en una sociedad sometida a la arbitrariedad del monopolio; para el dependiente de comercio no había ascenso posible en una estructura comercial en la que los cargos de importancia eran ejercidos por gachupines protegidos de los amos, y las vacantes que se producían cuando estos retornaban a su tierra con una pequeña fortuna eran cubiertas por recién desembarcados cuya única carta de presentación era haber nacido en España. Para artesanos y trabajadores, para asalariados del campo y pequeños propietarios agrícolas atrapados por el agiotismo, no había otro futuro que la rebelión.

El día en que Juan R. Escudero llega al puerto, a mediados de 1918, cuando la Revolución Mexicana prácticamente ha terminado, no sabe que su voluntad de transformar la sociedad de la que ha sido expulsado será instrumento de una fuerza social oculta y soterrada, pero no por ello menos violenta, de la que aún no conoce sus posibilidades y límites. El paraíso corrompido acapulqueño encontrará en Juan R. la voz que ocupará los espacios del silencio.



ENTRE TOM MIX Y EL AYUNTAMIENTO ROJO

Los testimoniantes ayudados por los historiadores no han podido ponerse de acuerdo en qué película se exhibía, ni siquiera se han puesto de acuerdo en quiénes eran los actores estelares; unos atribuyen el lleno que había en el cine Salón Rojo aquella noche de enero de 1919, al amor de los costeños por el vaquero Tom Mix, los otros dan a Eddy Polo el poder del reclamo. Todos coinciden en que, aprovechando el intermedio, Escudero, que se había sentado en una platea, se puso de pie sorpresivamente y arengó a los presentes, llamándolos a organizarse contra los explotadores gachupines. Para la mala suerte de Juan, los propietarios del cine Salón Rojo eran los gachupines Maximino y Luciano San Millán, que sintiéndose aludidos llamaron a las fuerzas del orden. Mientras tanto, la concurrencia aplaudía al orador que, calientes los ánimos, había llamado a la organización de un partido político de los trabajadores.

Un primer retrato del personaje, surgido de las descripciones de los contemporáneos y de la única fotografía que conozco de Juan, lo muestra como un hombre alto para la media acapulqueña: un metro ochenta, bigote poblado de guías largas, grandes patillas, pelo rizado, de un color de piel claro amarillento a causa de una afección palúdica, y ojos brillantes, risa fácil, plática más fácil aún surgiendo de una voz metálica.

Las dos muertes de Juan Escudero

La intervención policiaca contra Escudero provocó que sus nuevos partidarios se lanzaran a protegerlo, y la función cinematográfica culminó en zafarrancho.

Parece ser que el mitin cinematográfico fue uno de los recursos de Juan Escudero en esta primera etapa de su trabajo de organización popular, y que varias veces fue sacado a culatazos del Salón Rojo por soldados del cuartel vecino, que proporcionaban servilmente las autoridades militares a los dueños económicos de Acapulco. Orador sorpresivo y sin audiencia propia en esta etapa, Escudero aprovechó también un homenaje a Benito Juárez donde se había reunido buena parte de la población para insistir en su proyecto organizativo.

En el clima de tremendas tensiones clasistas del puerto en 1919 la arenga de Escudero tocó corazones, y el 7 de febrero de ese mismo año nació el Partido Obrero de Acapulco (POA).

Juan reunió para su arriesgada propuesta a un grupo de hombres que no tenían miedo, o que tenían menos miedo que los demás, que todo lo habían perdido o que no tenían miedo a perderlo: sus hermanos Francisco y Felipe, los herreros Santiago Solano y Sergio Romero, el ebanista Mucio Tellechea, su hermano José, empleado, los hermanos Diego, estibadores; Ismael Otero, zapatero, el funcionario del juzgado y poeta Lamberto Chávez, el empleado Pablo Riestra, los hermanos Dorantes, Camerino

Rosales, Crescenciano Ventura, Martiniano Díaz, E. Londe Benítez, Julio Barrera y Juan Pérez.

Como en todas las historias que han de transportarse al mito popular, el lugar de la reunión inicial del Partido Obrero de Acapulco ha sido situado en mil y una direcciones: entre otros se habla de la esquina de Galeana y Cinco de Mayo, donde por aquellos días vivía una novia y amante de Juan, Tacha Gómez.

La base social de la nueva agrupación estaba formada por los estibadores de la vieja Liga de Trabajadores a Bordo de los Barcos y Tierra que Escudero había formado en 1913 y que revivía al impulso de la agitación; pequeños comerciantes asfixiados por el monopolio de las casas comerciales españolas, como los hermanos Amadeo y Baldomero Vidales, cuyo padre había sido arruinado por los gachupines y que apoyaron económicamente al POA; treinta y dos empleados de las casas comerciales que sentían que no existía posibilidad de mejora y ascenso en una estructura donde los mejores puestos eran invariablemente cubiertos por españoles (que iban llegando al puerto, se convertían en hombres de confianza de sus paisanos, trabajaban como burros y se iban con un capital), artesanos independientes, empleados públicos de cargos menores en la administración y algunos pequeños propietarios agrícolas.

El programa inicial del POA recogía sus exigencias comunes y se mantenía prácticamente dentro de los límites de la recién promulgada y ya incumplida

Las dos muertes de Juan Escudero

Constitución de 1917 (tradición, la del incumplimiento por parte del gobierno, que habría de prolongarse al menos noventa años más, si el autor de esta historia conserva su memoria):

1. Pedir un pago justo por la jornada de trabajo.
2. Defender los derechos humanos.
3. Sanear las autoridades.
4. Participar en las elecciones.
5. Exigir la jornada de ocho horas de trabajo.
6. Propagar la educación.
7. Conseguir tierras para los campesinos.
8. Hacer las gestiones convenientes para que se abriera la carretera México-Acapulco.
9. Empezar una campaña enérgica contra las enfermedades.

Un programa así permitía, a la larga, unir prácticamente a todas las fuerzas sociales del puerto, a excepción de los dueños de las grandes casas comerciales y de sus subordinados: las autoridades civiles y militares de Acapulco. Juan R. Escudero fue nombrado presidente del partido y se comenzó el trabajo de organización.

Pocos meses más tarde nacía *Regeneración*, un pequeño periódico de dos hojas (cuatro a veces) que circulaba los domingos (en los momentos de tensión llegó a circular jueves y domingos) y desde el cual se atacaban violentamente los intereses de los grandes comerciantes e incluso sus personas. En una pobla-

ción que no rebasaba los seis mil habitantes, los efectos de *Regeneración* se dejaban sentir.

El periódico, que había tomado el nombre de su hermano mayor, el órgano magonista que Juan Escudero había conocido y admirado, se manufacturaba en una pequeña imprenta de segunda mano comprada por noventa dólares en Estados Unidos, porque ninguna otra imprenta del puerto, en manos de los grandes comerciantes, lo hubiera impreso. Entre los lemas que aparecían en su cabecera estaban: «Por la defensa de los derechos del pueblo», «Contra los abusos», «Labor pro-pueblo, labor pro-patria», «Por la verdad y justicia», y costaba dos centavos (luego se editó con cuatro páginas y subió a cinco centavos).

La fuerza de *Regeneración* estaba en la violencia de sus denuncias y en el frondoso estilo con el que se hacían, donde abundaba el espacio para el insulto, la mentada de madre, la amenaza y la diatriba; pero su magia estaba en el equipo de colaboradores que Juan R. Escudero había encontrado: un grupo de niños, recién salidos de la primaria, que hacían que el semanario llegara hasta el último rincón de Acapulco.

Alejandro Gómez Maganda, uno de esos niños, recuerda:

Entre los muchachos que con él colaborábamos, desde parar los tipos de imprenta para hacer el semanario, palanquear para su impresión, recibir gacetillas y vocearlo en las calles, estábamos: Jorge Joseph, Gustavo Cobos Camacho, Ventura Solís, Mario de la O, Juan Matadama y

Las dos muertes de Juan Escudero

el autor. El portero de la casa era un fiel huérfano llamado Cleofas.

Regeneración, pequeño en tamaño y formato, era sin embargo múltiple y gladiador. Descubría sucias maniobras, señalaba errores, marcaba a los prevaricadores, a los apóstatas y tráfugas. Reclamaba justicia; atacaba a los malos militares y a los políticos que subastaban su influencia; orientando al pueblo para el trámite elemental de sus asuntos, y al darle a conocer sus derechos y obligaciones, rompía la inercia del conformismo suicida y los impulsaba a ir a las casillas electivas, para después exigir de pie el cumplimiento del voto.

Nosotros nos desbandábamos como parvada incontenible, y sólo se escuchaba el vibrante pregón: «¡*Regeneración* a cinco centavos!»

El pueblo nos arrancaba materialmente los ejemplares de las manos y reía con la ironía del maestro, se entristecía con sus adversidades y exaltábase con su grito implacable de pelea: «¡*Regeneración* a cinco centavos!»

Apoyándose en tres ejes; el Partido Obrero de Aca-pulco, la Liga de Trabajadores a Bordo de los Barcos y Tierra, y *Regeneración*, el proyecto escuderista fue tomando poco a poco forma y se dieron los primeros choques entre el organizado movimiento popular y sus explotadores.

Escudero inició una campaña contra Emilia Miaja, administradora de la fábrica textil El Ticui y jefe de B. Fernández y Compañía, por el mal trato que daba a sus obreros. El despótico gerente llegó al ex-

tremo de arrojar ácido en la orilla del canal del que se surtía la fábrica para que no pudiera tomar agua de ahí la gente del pueblo. La campaña surtió efecto y Antonio Fernández Quiroz, uno de los dueños de la empresa, sustituyó a Miaja en la administración.

En el curso de 1919 Escudero organizó la huelga en la fábrica de jabón La Especial, en las cercanías de Acapulco. Se luchaba por aumento de salario diario de 75 centavos a 1.25 pesos. La huelga, en una empresa que era propiedad de las casas, duró siete días bajo enormes presiones. Las autoridades militares intentaron una intervención. La respuesta de los trabajadores fue: «Hagan lo que quieran, pero nadie se mueve hasta el 1.25». Al final de la semana los propietarios cedieron.

El partido iba ganado en fuerza y adhesión, y Escudero se multiplicaba. Traía en el bolsillo un ejemplar de la Constitución de 1917 y con él predicaba. Con un estilo bíblico llevaba la palabra de un lado a otro, interrumpiendo las tertulias, apareciéndose en las playas o a la salida de las barcas. Ahí se formaban grupos y se hacían amistades. El partido seguía creciendo lentamente y la cuota de veinticinco centavos por miembro iba llegando a las maltrechas arcas de la organización.

Fortalecida la base urbana, Juan se dirigió al campo. Su peregrinación lo llevó a recorrer a caballo ambas costas, llevando mensajes de denuncia y organización a los campesinos. Sus instrumentos eran los rudimentarios procedimientos legales de

Las dos muertes de Juan Escudero

la época adquiridos en el juzgado de Tehuantepec. Gratuitamente asesoraba en demandas de propiedad de la tierra, derechos colectivos, juicios por despidos arbitrarios. Su labor hizo que fuera detenido muchas veces acusado de sedicioso, que se le impusieran multas y que fuera amenazado de muerte varias veces.

En 1920, en el acto de conmemoración del primero de mayo, el POA decidió entrar en la lucha electoral y postuló a Escudero como candidato a presidente municipal.

Juan R. Escudero se resistió a aceptar la nominación porque no quería que se pensara que había colaborado en la organización del POA con el fin de utilizarlo como plataforma para su lanzamiento político personal, pero fue presionado por el partido que lo reconocía como dirigente indiscutido y sabía que sólo él podía recoger en votos el trabajo de denuncia, agitación y organización, que se había hecho en el último año. Tomás Béjar y Ángeles sustituyó a Escudero en la Presidencia del POA y S. Solano fue electo vicepresidente.

El inicio de la campaña electoral coincidió con el desarrollo nacional de la revuelta de Agua Prieta, el último acto armado en la historia de la Revolución Mexicana; el ajuste de cuentas final entre las posiciones centristas de los barones militares de Sonora contra la derecha del presidente Carranza, todo ello con el sector más radical desactivado tras la muerte de Zapata y la derrota y aislamiento de Pancho Villa.

A través de *Regeneración*, Escudero tomó el partido de Obregón y los militares del norte contra Carranza. Nuevamente la medida de la realidad la daba Acapulco, si los dueños de las casas eran carrancistas el POA sería lo contrario.

Tras el triunfo del obregonismo, el POA se alió con el Partido Liberal Constitucionalista Costeño (filial guerrerense del PLC obregonista) y apoyó la nominación de Rodolfo Neri como candidato a gobernador. En retribución, el PLC nominó y apoyó a Escudero como candidato a diputado de la legislatura guerrerense por el distrito de Acapulco y a otro Miembro del POA, Tomás Béjar y Ángeles, como suplente. Ese mismo día se realizó en Acapulco una manifestación de apoyo a Neri (un ex juez democrático que simpatizaba con el POA), quien saludó desde el balcón de su casa, anunciando su programa básico: instrucción pública, reducción de impuestos, fomentar la asociación obrera, dotación de ejidos para los pueblos y construcción de caminos.

Durante el mes de octubre el POA impulsó las candidaturas de Neri y Escudero, e inició a través de *Regeneración* una campaña antialcohólica y de divulgación de las leyes agrarias.

La candidatura del POA progresaba, pero las elecciones importantes desde el punto de vista del movimiento social eran las de la Presidencia municipal de Acapulco. Poco se podría hacer desde la legislación estatal. El combate en términos electorales estaba en destruir la administración progachupina y corrupta

Las dos muertes de Juan Escudero

del puerto, punto de apoyo de las casas comerciales para su dominación.

Las elecciones celebradas en diciembre de 1920 estuvieron rodeadas de una gran tensión. La campaña del POA había tocado a numerosos trabajadores que antes no participaban en la lucha electoral, hartos y desentendidos del voto, por las burlas y manejos del poder local, que imponía sus candidatos a través de sucesivas farsas electorales. El presidente municipal de Acapulco, Celestino Castillo, trató de imponer al candidato de las casas comerciales, Juan H. Luz, que había sido anteriormente presidente municipal, a pesar de ser peruano, lo que lo invalidaba para el cargo, y era enemigo personal de Escudero. Pero el milagro se produjo: los trabajadores iban a las urnas y con cara de malos augurios para el poder tradicional, votaban.

La Junta Computadora reunida en la casa de Matías Flores enfrentó el hecho de que los candidatos del POA habían triunfado y trató de escamotear la victoria (el alcalde era electo indirectamente por los regidores nombrados por voto universal) movilizándolo a policías y soldados. Esto provocó la respuesta popular para defender su triunfo.

De los pueblos de las cercanías, Texca, Palma Sola y La Providencia, los escuderistas habían llevado al puerto centenares de cañas de azúcar, con las que el pueblo se armó para presionar a los militares. Organizados por el POA, los acapulqueños rodearon las casillas y el lugar donde estaba instalada la Junta

Computadora y obligaron a que se reconociera la victoria del candidato de la oposición.

Pero el triunfo no era suficiente; entre el día de las elecciones y la toma del poder por el nuevo Ayuntamiento, maniobras y contramaniobras se desataron entre los testaferros de las casas comerciales y el POA. El 11 de diciembre Escudero estuvo a punto de ser detenido porque el gobernador dictó contra él una orden de aprehensión. Juan R. se amparó y evitó la detención, y el POA se comunicó telegráficamente con Obregón pidiendo garantías contra las autoridades militares de la zona. En su telegrama denunciaban a los comerciantes gachupines como el poder de hecho detrás de los intentos de «atropello.»

Obregón se limitó a transcribir el telegrama al gobernador de Guerrero y al jefe de operaciones militares de la zona y contestó al POA que no era facultad del gobierno central intervenir en asuntos electorales de los municipios.

El 15 de diciembre el presidente municipal Celestino Castillo aún en funciones, telegrafió al presidente Obregón el siguiente texto: «Tiénese confirmado de que por Costa Grande, este estado han, desembarcado armas y parque, por más investigaciones que de hecho no he podido descubrir dónde encuéntrense [...] Se relacionan con bolsheviqui Juan R. Escudero».

«Bolsheviqui» era la palabra maldita. En aquellos años la prensa conservadora del DF asociaba el nombre con la «conspiración roja» originada en la URSS, y

Las dos muertes de Juan Escudero

bajo ese apelativo cabían comunistas, agitadores sindicales, anarquistas españoles o rusos, militares socialistas radicales, desertores izquierdistas del ejército estadounidense.

Culturalmente, la palabra bolsheviqui ingresaba a la información. Se estrenaba una película como *La garra bolsheviqui*, había un equipo de béisbol de los redactores de prensa capitalinos llamado La Novena Soviet, y existía un periódico obrero llamado *El Soviet*; *Bolsheviquis* eran los comunistas del DF, los anarco-comunistas de Veracruz que habían organizado a las putas y a los sin casa, encabezados por Herón Proal; lo eran los militantes de las ligas de resistencia del Partido Socialista Yucateco encabezados por Carrillo Puerto; e incluso para algunos periodistas desafortunadamente reaccionarios, bolsheviquis eran militares constitucionalistas francamente moderados, como Calles, Múgica, Salvador Alvarado, Filiberto Villareal y Adalberto Tejeda.

La maniobra era tan burda que el propio Obregón contestó un día más tarde:

Enterado su mensaje de ayer relativo armamento que sabe se embarca en ese puerto. Siendo el deseo de este gobierno de renovar el armamento del ejército, sería conveniente que aumentaran los desembarcos de armamentos y municiones en nuestras costas.

El mismo día 15 en que el presidente municipal había telegrafiado a Obregón, una partida de militares había rodeado y cateado la casa de Escudero sin encontrarlo, y varios miembros del POA habían sido detenidos.

El POA telegrafió nuevamente a Obregón pidiendo garantías y señalando que en caso de que se asesinara a Juan habría motín en Acapulco. Obregón nuevamente se desentendió del asunto repitiendo que no era facultad suya intervenir en problemas electorales.

En medio de esta guerra telegráfica y habiendo fracasado la maniobra de involucrar a Escudero en un complot militar, el Ayuntamiento acapulqueño tomó posesión el primero de enero de 1921. Eran regidores Ismael Otero, Gregorio Salinas, Plácido Ríos, Emigdio García, Jesús Leyva y Maurilio Serrano.

Escudero fue nombrado presidente municipal. La bandera rojinegra del POA ondeó frente al Ayuntamiento ese día.



POLÍTICA MUNICIPAL Y GUERRA DE CLASES

A los pocos días de haber tomado posesión, Juan volvió a chocar frontalmente contra los intereses de los comerciantes gachupines.

Según su versión, pasaba por las obras que construía el gachupín Pancho Galeana y se acercó a preguntar a los trabajadores qué horario tenían y cuánto ganaban. Sin duda estaba desplegando argumentos constitucionales sobre jornada máxima, cuando Pancho Galeana apareció por ahí (Escudero había tenido un serio enfrentamiento con Galeana al que había acusado en *Regeneración* de secuestrar a una niña) y ni tardo ni perezoso sacó la pistola al ver al «alcalde *bolshevique*» organizando a sus albañiles. No se atrevió a ir más allá, probablemente por la presencia de los obreros, pero acusó a Escudero de allanamiento de morada. Escudero se presentó en el juzgado, pidió un amparo y se enfrentó con el juez Peniche que, sobornado por los gachupines, se negó a concederlo. Escudero lo obligó a tramitar la demanda aunque eso le tomó varias horas de agria discusión.

El 30 de enero el coronel Novoa dirigió un pelotón de soldados rifle en mano en una redada contra la casa del dirigente popular; afortunadamente no pudieron localizarlo. Juan R. estaba acostumbrándose a salir por la parte de atrás de su hogar a las horas más insospechadas.

Las dos muertes de Juan Escudero

En esos días había tenido que interponer un nuevo amparo para evitar que se le detuviera por órdenes del gobernador, y había acusado de calumnias a éste, el jefe de armas general Figueroa y al juez Ramón Peniche. En un telegrama a Obregón, que éste respondió nuevamente desentendiéndose, Escudero los llamaba «servidores de los gachupines».

Mientras tanto, Juan R. iniciaba una gestión municipal sorprendente. Según palabras de uno de sus más lúcidos biógrafos, Mario Gil:

La comuna acapulqueña no existía en realidad; había sido hasta entonces un instrumento de dominio de los gachupines; no había normas ni bando de policía, ni policía (pues la que existía era un grupo armado y pagado por los españoles); los impuestos se fijaban caprichosamente; no había tesorería; los funcionarios del Ayuntamiento no percibían sueldos; en fin, era un verdadero caos organizado en beneficio de los amos del puerto. Fijó sueldos de cinco pesos a los regidores y de ocho al presidente municipal; nombró policía pagada por el Ayuntamiento; designó a su hermano Felipe tesorero municipal para lo cual exigió una fianza que garantizara sus manejos (la fianza la dio el padre de Escudero). Redujo los cobros que se hacían en el mercado, e impuso como impuesto máximo el de veinticinco centavos; creó las Juntas Municipales para evitar a los residentes de los pueblos el hacer viajes a la cabecera para tratar sus asuntos; emprendió una batida

contra la insalubridad; exigió que todos los propietarios barrieran el frente de sus casas [...]

De los cuatro pesos de sueldo quincenal de Juan R., dos correspondían a gastos de representación, los cuales nunca quiso cobrar argumentando que su posición personal le permitía prescindir del sobresueldo.

Estas actividades estuvieron reglamentadas por un Bando de Policía y Buen Gobierno que se centraba en tres problemas: Servicio de Policía (prohibición para que los agentes tomaran alcohol bajo amenaza de expulsión, prohibición de que el comandante del cuerpo tuviera parientes en él, respeto a la ciudadanía, no permitir que los poderosos desacataran a la autoridad, obligación de que los agentes supieran leer); Higiene Municipal (obligación para los propietarios de pintar sus casas, mantener limpios los frentes, recoger la basura, impedir que perros y marranos anduvieran sueltos), y Promoción de Formas de Organización Económica de Defensa Popular (cooperativas de producción y de consumo, estímulos a talleres que produzcan materiales baratos, gestiones para fundar colonias agrícolas).

Al mismo tiempo, el Ayuntamiento se proponía atacar los dos problemas básicos del municipio: la educación, en colaboración con el poder federal; y el aislamiento, a través del apoyo a la construcción de la carretera que los uniera con Chilpancingo y así con la capital del país. Dos elementos resultaban claves para

Las dos muertes de Juan Escudero

el desarrollo de esta política: la creación de un poder armado por primera vez independiente, e incluso antagonico a los intereses de los grandes comerciantes gachupines, representado por la policía, y el continuo trato cotidiano del alcalde con la gente del pueblo.

Juan R. tenía por costumbre recorrer todos los días las colonias populares discutiendo con los vecinos, haciéndoles recomendaciones, promoviendo la organización o la higiene, explicando las medidas adoptadas por el municipio y aplicando la ley en términos humanos e igualitarios.

Es muy conocida la anécdota de que cuando un perro mordió a la anciana Buenaga, Juan hizo detener a su propio padre, dueño del animal y además de obligarlo a cubrir los costos de la curación, le hizo pagar una multa de cien pesos, manteniendo encarcelado al viejo hasta que la multa se cubrió. Curiosamente la anécdota tiene una segunda versión, en la cual la multa a su padre fue de cincuenta pesos y fue aplicada por acumular desperdicios de coco frente a la puerta de su casa. El caso es que el viejo Escudero sufrió las vocaciones igualitarias de su hijo, y se estableció el rumor entre la población de que Juan haría cumplir la ley más allá de las personas.

Las elecciones para el Congreso Local representaron un nuevo punto de apoyo para la política y el poder del Partido Obrero de Acapulco; tanto Escudero como Béjar triunfaron en las elecciones para diputados, y Rodolfo E. Neri fue electo gobernador de Guerrero el primero de abril de 1921.

Sin embargo, esta nueva victoria no detuvo a la ofensiva de los comerciantes y sus aliados: las autoridades militares. El mismo día en que Neri tomaba en sus manos el gobierno del Estado, el mayor Nicandro Villaseñor, jefe accidental de las fuerzas militares del puerto, acusaba a Escudero de haberse presentado en el juzgado al frente de veinticinco hombres armados para devolver la afrenta que le habían hecho los jueces, y señalaba que la administración de Escudero vivía en el «abuso de autoridad». Escudero telegrafió a Obregón diciéndole que era una nueva calumnia, y que detrás de la acción de Villaseñor estaban los hermanos españoles Iris, pero de nada sirvió. El día 2 de abril el presidente de la República telegrafió al mayor Villaseñor lo siguiente:

Sírvase usted notificar al presidente municipal ese, que si continúa violando preceptos legales e invadiendo facultades no correspondenle, tendrá que intervenir justicia federal, para hacer respetar derechos tanto de extranjeros como demás autoridades, y que ya consígnase atentado cometido en oficina juzgado distrito al procurador general justicia de la nación.

El origen de esa pequeña guerra de papel se encontraba en un encuentro que tuvo su desenlace verbal violento entre Escudero y el juez, cuando este amenazó al presidente municipal con una pistola acusándolo de haberlo insultado en *Regeneración* y Juan R. tuvo que escaparse del juzgado, de acuerdo con sus

Las dos muertes de Juan Escudero

costumbres, saltando por una ventana. En un telegrama del día 3, el propio Escudero explicaba a Neri que detrás del asunto estaba el gachupín Butrón, cuyos intereses estaban siendo afectados por la administración socialista del puerto.

Tratando de obtener el apoyo del gobierno regional, el POA dirigió un telegrama a Neri, pidiendo un juez especial para que se hiciera cargo del asunto. El día 3 de abril insistieron celebrando una manifestación de apoyo a Escudero y Neri, en la que participaron trescientas personas.

Dos días más tarde, el jefe de la guarnición, emborrachado por los comerciantes gachupines, detuvo dos minutos antes de las dos de la mañana a Juan R.; varios miembros del POA que fueron a preguntar por qué se le había detenido, también fueron encarcelados. El puerto se movilizó ante el temor de que fueran a matar al alcalde. Nuevamente se telegrafió al presidente Obregón, y este contestó que la detención se debía a órdenes del juez de distrito y que él no se inmiscuía.

Mientras tanto, Escudero fue sustituido por Tomás Béjar y Ángeles, que mantenía una actitud ambigua ante las presiones, tratando de deslindarse del radicalismo de Juan. Solano tomó la defensa del dirigente, señalando que: Como miembros de esta corporación están obligados a defender no al c. Juan R. Escudero sino al c. presidente municipal que ha sufrido vejaciones sin límite, y al no tomar medidas específicas se hacen cómplices del atropello iniciado

y los que se sucedan, de los que el pueblo tomará estrecha cuenta a sus representantes.

Escudero fue liberado meses más tarde (julio de 1921), gracias a un amparo. Arsenio Leyva substituyó a Béjar en la alcaldía, y Escudero pasó a la Secretaría del POA.

Durante su estancia en la cárcel, una buena noticia sacudió al puerto. Al fin las autoridades del centro habían decidido iniciar las obras de construcción de la carretera Chilpancingo-Acapulco. Por iniciativa presidencial se otorgaba un crédito de setenta y cinco mil pesos para la realización de la obra.

Al salir de la prisión Juan trató de ganarse la vida montando un cine y teatro popular, donde cobraría entradas de veinticinco y cincuenta centavos a los espectadores, y para eso pidió permiso para usar la parte delantera del Palacio Municipal. Nunca podría llevar a cabo su proyecto.

A mediados del mes un par de ricos gachupines, los hermanos Jesús y Enrique Nebreda, dueños de las tierras de la orilla del río Papagayo, fueron muertos junto con L. Quezada y Venustiano Suástegui por las balas de una familia campesina. El conflicto tenía negros antecedentes: las violaciones de doncellas campesinas por parte de los asesinados, motivo por el que tenían un juicio pendiente, el robo de ganado de los pequeños propietarios de la zona por los Nebreda, que lo vendían a las casas Alzuyeta y Fernández Hnos., y el asesinato de catorce campesinos por el general Martínez, instigado por los hermanos

Las dos muertes de Juan Escudero

gachupines. Juan había formulado las demandas contra los Nebreda apoyando a los campesinos de la familia Guatemala (Florencio, Carmelo y Francisco), que ante la ausencia de justicia terminaron matando a tiros a los españoles.

El 28 de julio la colonia española publicó una carta en el periódico más importante de la capital, *El Universal*, y el diario se hizo eco al día siguiente en un editorial, acusando a Juan de instigar el asesinato y de haber disparado un revólver y haber gritado “¡Mueran los gachupines!”, en un acto público.

Escudero se defendió de los cargos, diciendo que eran absolutamente falsos, pero las presiones continuaron. El 5 de agosto, *El Universal*, publicó una carta del gobernador Neri en la que decía que la muerte de los Nebreda se debía a sus bárbaros actos contra la población, pero al mismo tiempo señalaba que Escudero no era desde hacía meses presidente municipal y que el gobierno del Estado no se hacía solidario con su actuación.

Enfrentados a Obregón y sin el apoyo de Neri, el POA y Escudero se encontraban dependiendo exclusivamente de sus propias fuerzas.

Durante los meses de julio y agosto el Ayuntamiento escuderista fue bombardeado por demandas judiciales, en particular dirigidas contra el jefe de policía Francisco Escudero y actos de la corporación. Incluso se dictó orden de aprehensión contra la nueva compañera de Juan, Josefa Añorve. Detrás de

estas acciones estaban Uruñuela, Sutter, González y los gachupinistas al servicio de las casas.

El 6 de agosto Villaseñor trató de detener nuevamente a Escudero, pero este, avisado por sus amigos en la oficina de telégrafos de la orden enviada por el propio Obregón, se amparó nuevamente. Entre el 8 y el 11 de agosto otra guerra de telegramas se desarrolló, teniendo como destinatarios a Obregón, al propio Escudero y al mayor Villaseñor. Los empleados de telégrafos, que habían avisado al líder acapulqueño, fueron cesados por orden presidencial y Obregón presionó para que el juez que había dado el amparo lo retirara; pero éste se mantuvo firme. Juan, para romper la situación que se había creado, citó al Ayuntamiento y pidió una nueva licencia; tras este acto se fue a meter a la cárcel a la espera del juicio que aclarara la situación de una buena vez. Pero no se entregó atado de manos; se llevó con él la pequeña imprenta en la que se imprimía *Regeneración* y siguió haciendo el periódico desde la celda, utilizando la propaganda para golpear a sus enemigos y para llamar a la organización popular.

Los pocos estudios que se han hecho sobre Escudero han recogido la versión de que existía una íntima alianza entre el socialismo local y la administración obregonista, en particular con el gobernador Neri. En los hechos relatados, se muestra claramente que tal alianza nunca pasó de ser un apoyo táctico por parte del POA al obregonismo en

Las dos muertes de Juan Escudero

la medida en que la victoria de éste golpeaba, aunque fuera mínimamente, a una parte de los enemigos del movimiento acapulqueño: a los militares y los administradores públicos. Queda claro también que este apoyo del POA no se tradujo en el favor de Obregón o en el del gobernador de Guerrero, que no sólo se deslindaron de la política de Escudero sino que incluso la agredieron apoyando (en el caso de Obregón al menos) a militares y jueces vendidos a los grandes comerciantes del puerto.

Quizá estos elementos pesaban en la cabeza de Escudero, quien una vez que hubo abandonado la cárcel, absuelto del juicio que lo había obligado a encerrarse, puso un mayor empeño en las medidas de organización económica del pueblo al reincorporarse al Ayuntamiento de Acapulco.

En los últimos meses de 1921, además de sacar un nuevo periódico, *El Mañana Rojo*, montó en el Palacio Municipal un pequeño taller para fabricar bolsas de papel y canastas, organizó la cooperativa de pescadores, con lo cual golpeó duramente al monopolio comercial en la venta de aperos que tenían los gachupines; montó la Casa del Pueblo, una cooperativa de consumo que además compraba directamente a los campesinos los productos de la tierra, inició una campaña contra el analfabetismo y organizó un comité para fundar una colonia agrícola que pidió la expropiación de las haciendas El Mirador y La Testadura, propiedad de los comerciantes españoles.

El POA creció en esos meses y parecía que la campaña de organización de la economía popular dañaba seriamente los intereses de las casas comerciales.

En el primer año de la Presidencia municipal el escuderismo descubrió que el control del Ayuntamiento no le ofrecía impunidad frente a los ataques enemigos. Por el contrario, apoyándose en militares y jueces venales, los gachupines lograron meter entre rejas por tres meses a Juan R.; lo obligaron en dos ocasiones a pedir licencias del cargo y lo aislaron de sus posibles puntos de apoyo en los gobiernos federal y estatal. En cambio, el poder municipal llevado a las calles por Escudero y la realización del programa económico, hicieron del POA, el Ayuntamiento y el pueblo llano de Acapulco un solo movimiento.

Ése fue el motivo de que en las elecciones para el Ayuntamiento del 5 de diciembre, una planilla del POA encabezada por Ismael Otero ganara las elecciones por un margen abrumador. Escudero ésta vez no había formado parte del grupo de regidores de la planilla triunfante, y no se incorporó al Ayuntamiento, aunque sí lo hicieron sus dos hermanos, convertidos en tesorero municipal y jefe de la policía.

Los gachupinistas trataron de legalizar un Ayuntamiento fantasma encabezado por Miguel P. Barrera y apoyado por el eterno Juan Luz desde el Ministerio Público Federal, pero la maniobra cayó por su propio peso.

Las dos muertes de Juan Escudero

Las tensiones crecían, los rumores hablaban de que las cosas se resolverían con las armas en la mano. Escudero parecía esperarlo. Gil narra que el comerciante libanés Saad, enfrentado a los gachupines, trató de hacerle varios regalos, que Juan rechazó, aceptando tan sólo una carabina 30-30 diciendo: «Con estas armas acabaremos con los capitalistas».

LA PRIMERA MUERTE DE JUAN

A la cabeza de Escudero le pusieron precio. Los comerciantes reunieron la fantástica cantidad de dieciocho mil pesos y los ofrecieron al que se atreviera a matarlo. Protegido por el rumor, Juan R. mudó su vivienda al Palacio Municipal y en torno suyo se estableció una estrecha vigilancia.

A principios de marzo de 1922, Cirilo Lobato, inspector del rastro y miembro del POA, realizó un descubrimiento que había de ser decisivo en el desencadenamiento de la crisis: Ismael Otero, uno de los hombres de confianza de Juan R. y presidente municipal acapulqueño, en complicidad con el carnicero Juan Osorio, evadía los impuestos municipales permitiendo que por cada res que se sacrificaba con permiso, otra lo fuera clandestinamente. Tres regidores más, corrompidos por el dinero que ofrecían los comerciantes, se pasaron al lado de Otero: Ignacio Abarca, Plácido Ríos y Emigdio García. Dos veces salieron a relucir las pistolas y en las dos ocasiones, Josefina Añorve, una costeña de diecisiete años, amante de Juan y «con muchos ovarios, tiró de la pistola primero» y disuadió a los agresores Otero y Rebolledo.

Bajo presión de Juan, el Ayuntamiento escuderista hizo renunciar a Otero el día 7 y Manuel Solano fue nombrado presidente municipal.

El 10 de marzo Escudero presentó una comparecencia ante el Ayuntamiento exigiendo la

Las dos muertes de Juan Escudero

detención de Otero por sacrificar ganado ilegal. El acusado nuevamente trató de matarlo pero la intervención oportuna del policía Severo Isidro lo impidió.

La tormentosa sesión culminó a las nueve de la noche. A esa hora, los cuatro traidores se fueron a conferenciar con el mayor Juan S. Flores, que estaba con los gachupines Pascual Aranaga, Marcelino Miaja, José Jordá y Obdulio Fernández. Ahí se fraguó un plan para acabar con el Ayuntamiento socialista y matar a Juan Escudero.

A las dos de la mañana, tras unos disparos hechos por el grupo de Otero contra el resguardo matutino desde las afueras del Ayuntamiento, y que habrían de servir como señal y provocación, el mayor Flores con doscientos soldados, «haciendo derroche de disparos al viento», avanzó sobre el Palacio Municipal. Juan R. trató de defenderse acompañado por siete policías armados con fusiles.

Durante algunos minutos los sitiados resistieron el ataque de los militares a los que se habían sumado varios marinos y el grupo de traidores encabezados por Otero. Juan disparaba una pistola automática desde una de las ventanas. Los presos pidieron armas para colaborar en la defensa del Ayuntamiento, pero Juan esperaba alertar a los miembros del POA en todo Acapulco y que estos vendrían a apoyarlo y se negó a entregarlas; los acontecimientos se sucedieron con gran rapidez. El mayor Flores con

dos latas de diecisiete litros de gasolina, que le había proporcionado el administrador de la aduana Juan Izábal Mendizábal, incendió las puertas del Palacio Municipal. Los policías, comandados por Pablo Riestra, pidieron a Escudero que tratara de huir, puesto que a él era al que querían matar, mientras que ellos intentaban una última resistencia. Juan trató de saltar una barda que daba a la panadería de Sofía Yevale, pero un balazo lo alcanzó rompiéndole el brazo derecho y penetrando entre las costillas.

Mientras tanto los asaltantes habían tomado el Ayuntamiento y golpeaban a policías y presos para que dijeran dónde estaba Juan, quien arrastrándose había llegado hasta el cuarto que usaba de dormitorio. Allí, con la ayuda de Josefina Añorve y Gustavo Cobos Camacho intentaron una última resistencia poniendo un armario contra la puerta.

Inútil. El mayor Flores, siguiendo los rastros de sangre, llegó hasta el cuarto y los soldados derribaron la puerta. Flores entró y contemplando a Escudero tendido en el suelo, dicen que dijo: «¡Vamos a ver si de verdad estás muerto!», y golpeó el brazo roto del herido contra unos ladrillos. Chepina Añorve trató de intervenir, pero el mayor apuntó a la cabeza de Escudero y disparó el tiro de gracia.



RESURRECCIÓN

El mayor Flores tomó prisioneros a los policías municipales y abandonó el palacio en llamas para rendir su informe a los gachupines, dejando atrás lo que pensaba era el cadáver de Juan R. Escudero.

Poco a poco, miembros del POA armados llegaron al Ayuntamiento que habían abandonado los soldados. Junto con ellos apareció el juez Peniche, con el que Juan tantas veces se había enfrentado. El alcalde rojo aún respiraba. El juez y Josefina Añorve llevaron a Juan al Hospital Civil, donde José Gómez Arroyo y el vicecónsul norteamericano Harry Pangburn, que no tenía título, pero sí amplios conocimientos de medicina, lo operaron. Tuvieron que amputarle el brazo derecho: la herida de la cabeza era muy grave, pero las consejas populares recogen:

[...] Fue tanto el miedo del dicho mayor, que aunque le arrimó la pistola en la cabeza, que únicamente fue un rozón, pero que sí le entró algo, pero que cuando le amputaron el brazo quebrado, también le sacaron una cucharilla de sesos ahumados.

Milagrosamente, el herido resistió la operación y tras varios días en coma comenzó a reponerse. El balazo había afectado una parte del cerebro, y Juan quedaría permanentemente paralizado del lado iz-

Las dos muertes de Juan Escudero

quierdo del cuerpo; no podría hablar correctamente, no podría caminar ni escribir. Pero estaba vivo.

Para justificar la acción del mayor Flores, se fabricó la versión de que Escudero y sus hombres habían intentado levantarse en armas contra el gobierno. Esta versión transmitida en el informe del mayor fue recogida y popularizada por *El Suriano*, periódico de los gachupines dirigido por José O. Muñúzuri. Pero en un telegrama a Obregón, días más tarde, el gobernador Neri, que se había trasladado al puerto, señalaba que el Ministerio Público tenía una versión contradictoria a la del jefe militar, y afirmaba que había ordenado que se abriera una investigación.

Del clima imperante en el puerto en aquellos días, rinde buen testimonio una carta del agrarista Francisco A. Campos dirigida al presidente Obregón:

En vísperas de alterarse el orden en Acapulco. Pueblo obrero contenido con la esperanza de que se le hará justicia. Persuadidos de lo contrario no alcanzará la guarnición pa' que empiecen los costeños de Guerrero. No quedará un español vivo ni un comercio que no sea saqueado e incendiado, ni una señorita que no sea violada [...] El costeño en su tierra tiene mucho de bárbaro: es buen amigo e implacable enemigo. Todo podrá evitarse con que la guarnición federal que es enemiga del POA sea sustituida.

El hospital estaba rodeado por miembros del POA armados y la guarnición estaba acuartelada. En las casas de algunos comerciantes gachupines se dieron fiestas para celebrar la desaparición de Escudero. Los dirigentes del POA frenaron la voluntad popular de venganza. Juan, lentamente se reponía.

Al día siguiente del atentado se creó un Ayuntamiento espurio del que Ismael Otero formaba parte y que tenía como presidente municipal a Ignacio S. Abarca, el cual pidió la detención de los policías «por haber resistido a fuerzas del gobierno» e informó al gobernador de la «detención» de Juan R. Escudero y Santiago Solano. El golpe de Estado no operó, y tres días después, el 14, el Ayuntamiento volvía a manos del POA con Manuel Solano como presidente municipal.

Felipe Escudero se hizo cargo de *Regeneración*, que volvió a salir a fines de marzo. Juan regresó a su casa a vivir una larga convalecencia. El POA resurgió. El Ayuntamiento de Acapulco, aunque las puertas estuvieran quemadas, seguía en sus manos a través de una Junta de Administración Civil y con Felipe Escudero como alcalde. La investigación del gobernador inmovilizó temporalmente al mayor Flores.

No había pasado un mes de ocurrido el atentado cuando, el 9 de abril, *Regeneración* denunciaba los manejos combinados del gachupín Sierra con el jefe militar del distrito de Galeana contra los agraristas que se habían organizado en la zona, y arremetía contra el candidato a diputado Manuel López,

Las dos muertes de Juan Escudero

por estar coludido con los hermanos Fernández, los propietarios más grandes de la región.

A principios de mayo, el POA, impulsado por Solano y Felipe Escudero, el hermano de Juan, lanzaba como candidato a diputado propietario por el segundo distrito a Martiniano Díaz, y como suplente a Francisco Escudero, el tercer hermano de Juan, en las elecciones para el Congreso Federal. El 9 de mayo Juan volvía a escribir en *Regeneración*, menos de dos meses después de su primera muerte...

El combate del 11 de marzo había causado más bajas que la de Juan R. en las filas del POA: Tomás Béjar y Ángeles había desertado, vendiéndose al oro de los gachupines y pasado a escribir en las columnas de *El Suriano*, pero las ausencias se cubrían sobradamente con la afluencia de nuevos miembros que acudían ante el reclamo de la persistencia del POA y del «milagro Escudero».

Juan, utilizando a Alejandro Gómez Maganda como secretario, dictaba los artículos desde un sillón donde convalecía con voz en la que apenas se reconocían las palabras. El muchacho, recién salido de la primaria, tecleaba furiosamente en una vieja Oliver, y de vez en cuando levantaba la cabeza para ver a un Juan «vigilante y optimista desde su sillón de inválido. Pulcro como de costumbre, con bigotera de mañana y el trágico muñón que en ocasiones me apoyaba en la cabeza tropical y desmelenada».

Con dinero de la familia, Juan fundó una tienda, “El Sindicato”, donde atendía a trabajadores y

amigos y proporcionaba alimentos fiados a los obreros en huelga. Auxiliado por Josefina Añorve y por su también empistolada secretaria Anita Bello, así como por una legión de adolescentes, para los que era el héroe inolvidable, volvió a tomar el control de *Regeneración* y aceptó la postulación como candidato suplente al Congreso Nacional por el primer distrito de Acapulco, llevando como compañero de fórmula a su hermano Francisco (que estaba postulado como titular por el segundo distrito).

Mientras tanto, el Congreso Local de Guerrero en manos de representantes de los latifundistas, había anulado las elecciones de enero de 1922 y pedía al Ayuntamiento pro-gachupín del año veinte que convocara a nuevas elecciones. Felipe Escudero a nombre del Ayuntamiento del POA protestaba ante el gobierno federal y la prensa de la capital.

Se nombró una comisión interventora y el Ayuntamiento escuderista se mantuvo en una solución conciliadora, pero sin ser reconocido por la aduana marítima ni por los militares. Mientras *Regeneración* volvía a salir regularmente y Juan se hacía cargo de nuevo del periódico, el dirigente acapulqueño reorganizó su economía personal montando una pequeña academia comercial donde daba clases de mecanografía. En una convocatoria donde exponía el contenido del curso, que costaba completo diez pesos, Juan R. dejaba sentir que enseñar mecanografía a otros era una manera de recuperar sus brazos (el derecho, amputado, y el izquierdo, paralizado).

Las dos muertes de Juan Escudero

El POA, a pesar del renacer de sus actividades, se encontraba en un *impasse* en el que no podía desarrollar sus mejores fuerzas. Derrotado en el terreno de los fusiles, incapaz de quebrar el monopolio gachupín en el comercio, limitado a una política municipal «controlada» por la intervención, había ido desplazando (ya desde el año anterior) su lucha hacia la destrucción de los latifundios y el reparto agrario. Pero tampoco ahí la relación de fuerzas le era favorable y tenía que replegarse en los vericuetos burocráticos de una legalidad que funcionaba a cámara lenta, cuando funcionaba. En un artículo anónimo en *Regeneración*, posiblemente escrito por Juan, se hacía un llamado a la paciencia, pidiendo que «no se haga caso a los gachupinistas que dicen que van a recibir a balazos a los que quieren tierras».

En estas condiciones, las elecciones federales del 5 de julio de 1922 para diputados y senadores permitieron al POA volver a movilizarse. Con las fórmulas combinadas de los Escudero y Miguel Ortega como candidatos, desplegaron una amplia campaña en la costa guerrerense.

La posición de los latifundistas y grandes comerciantes y sus aliados fue de repliegue. Ante la imposibilidad de ofrecer una oposición en el primer distrito, trataron de boicotear. En algunos casos no abrieron las mesas que tenían a su cargo y no trataron de poner mesas electorales por su cuenta como acostumbraban; el pro-gachupinista Butrón ni siquiera se presentó. En otros casos trataron de hacer

algunas maniobras muy burdas, como la ocurrida en la tercera mesa de Acapulco donde los pro-gachupines Sabás Múgica y Ramón Córdoba la cerraron antes de abrirla y levantaron un acta diciendo que nadie se había presentado a votar.

El POA realizó grandes movilizaciones en Acapulco, Coyuca, Tecpan y Atoyac. En Tecpan organizó una manifestación de trescientos campesinos con las banderas rojinegras del partido al frente.

Abundaron las provocaciones. Muñúzuri, el editor de *El Suriano*, disparó con una pistola al dentista González Sánchez; el carro de un prominente comerciante gachupín fue apedreado por niños de Acapulco, y en Tecpan los gachupinistas que apoyaban a Pino y Valverde, hombres de paja del latifundista hispano Garay, dispararon tiros al aire para intimidar a los votantes.

En Coyuca de Benítez trataron de arrastrar a los votantes con una banda de música, pero los que siguieron a la banda buscando la parranda, luego votaron en contra de ellos. En otros casos, enmascararon a sus candidatos Pino y Alfaro Uruñuela, haciéndolos pasar por agraristas al presentarlos con emblemas del Partido Nacional Agrarista. En el primer distrito las maniobras fracasaron y Juan R. y su hermano resultaron electos diputados titular y suplente.

El partido se había consolidado en los poblados de la costa y el triunfo confirmó la línea electoral que *Regeneración* pregonaba: «...por fortuna nuestro

Las dos muertes de Juan Escudero

pueblo empieza a darse cuenta de lo que es el derecho de voto conferido por la Constitución como medio pacífico de nombrar a sus representantes.»

Animados por el triunfo electoral, los miembros del POA reiniciaron su ofensiva en el campo y el periódico comenzó a publicar la Ley Agraria del Estado para dar base legal a las movilizaciones. De fines de julio a mediados de octubre de 1922, no faltaron las provocaciones en el puerto, ni los enfrentamientos. Algunos de ellos resultaron chuscos, otros estuvieron a punto de trascender al terreno de la tragedia. Todos ellos tuvieron en común el avance etílico en la sangre de los pro-gachupinistas.

A fines de julio, mientras el POA celebraba el triunfo electoral en Acapulco con un baile, el diputado Luis G. Martínez se presentó al local medianamente borracho.

Sea porque es sabido que Martínez es un gachupinista o porque ha participado en la anulación de elecciones, o bien porque sobraban hombres en el baile, se le dijo que no había vacantes, dejando pasar sólo a sus acompañantes. ¡Que le sirva de escarmiento!

Un par de meses después, el borracho era el administrador de aduanas, Juan B. Izábal, quien despidió (en la cantina de los hermanos San Millán donde a veces instalaba su oficina) al celador Bernáldez, después de aventarlo contra una mesa de

billar, todo porque había sido recomendado para el puesto por Tellecha, dirigente del POA. En la versión de *Regeneración*, Bernáldez se estaba sacudiendo la ropa tras haber sido aventado y tocó su pistola, lo cual fue suficiente para que se abalanzaran sobre él, se la quitaran y lo detuvieran veinticuatro horas. En el mismo artículo Izábal era acusado por Escudero de contrabandista de pistolas, de «pro-gachupín y de vago y huevón alcohólico, puesto que llega a las doce del día a trabajar y todavía a medias luces».

La tercera escena alcohólica la protagonizó el eterno mayor Flores, que le echó los soldados encima a Felipe Escudero mientras se encontraba oyendo una serenata. Después de haber sido fuertemente golpeado, Felipe, que se había convertido en el indiscutible sucesor de Juan en las calles del puerto, fue encerrado en los resguardos de la aduana marítima.

Juan B. Izábal, el jefe de aduanas, comprado por el oro de los grandes comerciantes, a los que seguía haciendo los ojos chicos ante el contrabando, se había convertido con Flores en el peor enemigo del escuderismo acapulqueño. Desde julio de 1922 retenía el dos por ciento de los ingresos de la aduana que por ley le correspondían al Ayuntamiento. E. Lobato, actuando como presidente municipal, se quejó en octubre amargamente ante Obregón en un telegrama, señalando que se buscaba estrangular económicamente al Ayuntamiento.

Durante los últimos días de noviembre se intercambiaron telegramas entre Lobato, Obregón

Las dos muertes de Juan Escudero

y el ministro De la Huerta (del que dependían las aduanas) hasta que Izábal hizo explícita su opinión en un telegrama a Obregón:

Considero a Juan y Felipe Escudero peores enemigos del gobierno sin valor levantarse en armas. Mismo opina jefe de operaciones de ésta. Ayuntamiento manejan dichos individuos no tiene personalidad por negación amparos suprema corte de justicia en 22 septiembre próximo pasado contra actos Congreso que desconócelos (...) Hermanos Escudero durante presente año pretextando temer por su vida han pedido cuatro veces amparo contra actos de usted.

El telegrama culminaba preguntando si debía hacer entrega de los fondos a Felipe Escudero, tesorero municipal.

El presidente Álvaro Obregón se tomó un solo día para responder y ordenó a Izábal que no entregara los fondos.

En esos mismos días, el POA vuelve a triunfar en otra contienda electoral: Santiago Solano vence como candidato propietario a diputado por el distrito electoral de Acapulco al Congreso Local, y Juan R. Escudero, como suplente, con más de dos mil setecientos votos. Uno de los hermanos Vidales ganó, representando al POA, la presidencia municipal de Tecpan y el partido triunfó en Tololapan, aunque un fraude organizado por los caciques logró impedir que tomaran el poder.

Por fin, en la primera semana de diciembre se presentaron las esperadas elecciones para restablecer un Ayuntamiento legal en Acapulco; Juan Escudero encabezaba la lista de regidores que proponía el POA y asistía a los actos de su organización en silla de ruedas. Dictaba sus discursos y hacía que los muchachos que lo acompañaban lo ensayaran frente a él, y luego los pronunciaban en público ante su mirada atenta.

Extraña estampa bajo el sol de invierno de Acapulco la de ese hombre paralizado del lado izquierdo, con el brazo derecho amputado, sentado en una silla de ruedas, con un adolescente al lado, subido en un cajón, que habla por él, y a su espalda una joven costeña (Anita Bello) con una escuadra calibre 32 entre la falda y la blusa de encaje.

Extraña estampa, la del hombre que afirma cabeceando sus propias frases en la boca de los niños, que pronuncian, siempre bajo el estribillo de «Juan dice», un discurso incendiario que promete el fin de la justicia en el paraíso corrompido.

Y Juan Escudero vuelve a ganar las elecciones para la Presidencia Municipal de Acapulco, derrotando al pro-gachupin y traidor Martiniano Díaz.

El 7 de diciembre los militares salen por las calles tratando de provocar a los triunfadores. Pero la población les hace el vacío. El primer día del año 1923 Escudero es nombrado presidente municipal. Levantando el muñón derecho y con unas frases ininteligibles arrancadas a fuerza de emociones a la garganta

Las dos muertes de Juan Escudero

paralizada, Juan R Escudero rinde la protesta como alcalde del puerto. La sesión solemne se celebró a las once de la mañana en la propia casa de Escudero que se convirtió en sala de cabildo. El acta levantada registra: Juan R. no pudo firmar «por imposibilidad momentánea».

En marzo de 1923 murió Francisco, padre de los Escudero, que había estado sometido a grandes tensiones a lo largo de la azarosa carrera política de sus hijos, presionado por sus paisanos, con los que había tenido que romper relaciones, y destrozado por el atentado contra Juan y las múltiples amenazas de muerte que habían recibido Francisco y Felipe.

En los recuerdos de un viejo escuderista aparece la reseña del juramento que Juan realizó en su media voz de lisiado ante la tumba de su padre:

Compañeros en la vida / compañeros en la muerte / las frases que hoy dirige mi garganta / son las frases que mi padre os virtiera / si en esta hora para nosotros santa / Dios a la vida lo volviera. / Herido el corazón nos deja con orgullo este suelo / donde compartió la mitad de su vida / amando a sus hijos / y al Dios de los cielos (en eso le dio como un vahído y nada más alcanzó a pronunciar: «adiós padre venerable / descansa en paz» y azotó desmayado por el ataque).

Juan R., muy afectado, tuvo que dejar la Presidencia Municipal en manos de Cirilo Lobato y

de Ernesto Herrera. El mayor Flores, por su parte, enfrentaba desde el inicio del año la insurgencia campesina que se había desatado en la costa. El 18 de enero desarmó a la policía de La Sabana y amenazó con ir con las fuerzas de la guarnición sobre el Palacio Municipal de Acapulco. Cuatro días más tarde, Escudero telegrafiaba a su amigo Adolfo Cienfuegos, que vivía en la capital, pidiéndole que tratara de intervenir cerca del presidente de la República para impedir una nueva agresión como la del 11 de marzo del año anterior.

Sin embargo, Flores no atacó el Palacio, sino que se desplazó hacia las zonas agrarias donde el POA tenía una nueva base de sustento. En palabras del agrarista Francisco Campos Flores:

Comenzó a recoger armas y licencias municipales de todos los campesinos de la región de Acapulco hasta la Unión de Montes de Oca, así como el parque que encontró. Una vez que había hecho la requisa de armas de los campesinos, se radicó en Tecpan de Galeana e, inventando un probable levantamiento, hizo prisionero en San Luis de la Loma al señor presidente municipal de Tecpan, don Amadeo Vidales [...]; este señor es un comerciante honorable que paga los mejores precios de ajonjolí, de algodón y lo odian los españoles porque dicen que les ha ido a descomponer el negocio [...]. Dada esta explicación queda de manifiesto que el mayor Flores está puesto en esa región para salvaguardar los intereses españoles, pues hizo un cargo de rebelión al señor Vidales.

Las dos muertes de Juan Escudero

Flores prosiguió con sus correrías en la zona, y el 10 de marzo, acompañado de las Guardias Blancas de los caciques, asesinó a Lucio de los Santos Vargas, presidente del Comité Agrarista de San Luis de la Loma diciéndole: «¡Ten tu tierra, hijo de la chingada!», cuando pedía que no lo acabara de matar. Flores actuaba en defensa de los intereses del latifundista español Ramón Sierra Pando.

En el puerto, *Regeneración* estaba sometido al acoso de multitud de periódicos financiados por los comerciantes gachupines. Desde las páginas de *El Suriano*, dirigido por Muñúzuri; *El Pueblo*, dirigido por H. Luz; *El Rapé*, de Reginaldo Sutter; *El liberal*, de Carlos Adame, y *El Frigor*, de Domingo González, se bombardeaba a la administración municipal acapulqueña y se hacían elogios a las «fuerzas vivas» de la región que habían «levantado Acapulco de la miseria». Entre las calumnias más repetidas estaba la de señalar a los Escudero como promotores de una rebelión militar en proceso de organización.

Conforme el año avanzaba, las tensiones crecían. Felipe y Francisco Escudero esperaban en cualquier momento que se produjera un atentado contra alguno de ellos. Felipe, como tesorero municipal, se veía obligado a recorrer las calles del puerto, y lo mismo le sucedía a Francisco, que trabajaba en el despacho de rentas del distrito. Gómez Maganda recuerda:

En los últimos meses de 1923, ambos recorrían el diario camino, armados de pistolas y en la diestra un rifle calibre

44. Algunas veces cuando Felipe iba a diligenciar una solicitud de amparo al juzgado de distrito, me encargaba durante ese tiempo su carabina, diciéndome: «Si los enemigos vienen en plan de ataque ¡dispara! Si no sientes miedo; pero en caso contrario, corre a donde estoy y entrégame el arma».

Las provocaciones de los militares eran frecuentes. El 29 de agosto hacia las nueve de la noche, el subteniente Castellblanch y el cabo Linares habían golpeado y amenazado de muerte a dos miembros del POA en el Jardín Álvarez. Cuando un día más tarde el Ayuntamiento los multó por estos hechos se presentaron junto con la pandilla de Otero y estuvo a punto de armarse en el Palacio Municipal un tremendo zafarrancho.

Así llegó el 16 de septiembre, fecha en la que so pretexto de la celebración de las fiestas patrias, Juan R. lanzaba incendiarios discursos contra el régimen colonial español aún viviente en Acapulco. El año anterior, a pesar del reciente atentado, había «hablado por boca de sus ayudantes» en un acto en el que por primera vez la comuna de Acapulco celebró las fiestas patrias sin ningún tipo de subvenciones de comerciantes.

Este año era especial, y Escudero, apoyándose en su «voz» (Alejandro Gómez Maganda) lanzó un discurso más fogoso aún que los de costumbre. Si la tensión era tremenda en el puerto, en las zonas agrarias no lo era menos. El vicecónsul norteamericano

Las dos muertes de Juan Escudero

informaba a Washington: “Corren rumores que el levantamiento antiagrarista está por estallar en la Costa Grande con centro en Atoyac”.

El 10 de noviembre el mayor Flores, en complicidad con el alcalde de Atoyac, había asesinado al líder agrarista Manuel Téllez, y para encubrir su acto acusaba a Escudero ante el gobierno de estar promoviendo guerrillas armadas en la zona.

Iniciándose el mes de diciembre, los acontecimientos nacionales comenzaron a eslabonarse para crear el marco en el que se produciría la tragedia de Acapulco. El día primero el general Figueroa se levantó en Guerrero supuestamente enfrentando al gobernador Neri y no al gobierno central, pero actuando en realidad como punta de lanza de un alzamiento de generales que llevaban como bandera al candidato a la Presidencia Adolfo de la Huerta.

Pocos días después siguió el general Guadalupe Sánchez en Veracruz. El día cinco de diciembre Juan R. escribió al coronel Crispín Sámano, jefe de la guarnición de Acapulco y envió una copia de la carta al gobierno federal. En la misiva, informaba al militar que sabía que los hermanos Osorio estaban armados y rondaban el Ayuntamiento y que pensaba que el traidor Ismael Otero podía provocar un motín lo que sirviera de pretexto para enfrentar al POA con los militares.

Sámano ignoró la carta, pues además de estar comprometido con la futura rebelión, tenía nexos con

Paco Ignacio Taibo II

los comerciantes gachupines del puerto que pedían la cabeza de Juan R. Escudero.



LA SEGUNDA MUERTE DE JUAN R. ESCUDERO

En los primeros días del mes, los escuderistas, siguiendo la política que había trazado Juan R. en la carta a Sámano, pidieron rifles a los militares del puerto para defender al gobierno ante la rebelión delahuertista. Julio Diego fue representante del POA en la entrevista en que se pidieron trescientas carabinas y abundantes municiones. El gobernador había aprobado esta entrega de armas, pero el coronel Crispín Sámano se negó a la petición y tratando de encubrir sus intenciones dijo que no las entregaría porque serían usadas contra el propio gobierno.

El choque tenía que producirse. Poco importaba el contexto nacional, a lo sumo telón de fondo del enfrentamiento clasista que se producía en Acapulco y en las regiones aledañas. Si en todo el país se trataba de ventilar la sucesión presidencial y en torno a Adolfo de la Huerta se levantaban en armas los militares postergados o enfrentados al obregonismo, en el ámbito costero lo que se jugaba era el predominio del POA y el agrarismo contra las casas comerciales y el latifundismo, dueños del aparato militar de la región.

Fueron los endebles nexos del escuderismo con el poder central, y su apoyo electoral a la campaña de Calles para la presidencia, expresado en *Regeneración*, más que el delahuertismo de los militares de Acapulco, lo que empujó a estos a la rebelión, y

Las dos muertes de Juan Escudero

desde luego, detrás de esta acción estaba el oro de los comerciantes gachupines, refulgente guía de la ideología de los militares Crispín Sámano y Juan Flores.

Aun así, los militares dudaron antes de volcarse explícitamente en el levantamiento. Quizá a través del control del telégrafo pudieron seguir la evolución del movimiento en Guerrero durante las primeras semanas del mes de diciembre, situación que estaba vedada para los escuderistas, porque sus mensajes al gobierno federal fueron bloqueados, a pesar de los intentos de la telegrafista del POA, Amelia Liquidano.

Con la violencia a punto de desencadenarse en el puerto, dirigidos por Escudero que había transformando su casa en cuartel general del movimiento (la «plaza roja» enfrente de la casa estaba permanentemente llena de escuderistas, algunos de ellos armados), los miembros del POA se dirigieron a los barrios y hablaron. A pesar del bloqueo telegráfico, Escudero, artífice desde la silla de ruedas de la resistencia popular, logró hacer pasar un mensaje a los hermanos Vidales en Tecpan y a Rosendo Cárdenas en Coyuca de Benítez. El telegrama para Cárdenas, en clave, lo invitaba a venir armado al puerto.

A lo largo de la semana las partes enfrentadas se observaban y la tensión crecía. La llegada de los primeros núcleos agraristas fue aprovechada por los dirigentes de los estibadores para organizar una manifestación; grupos de campesinos y trabajadores recorrieron la ciudad dando vivas al gobierno y a Es-

cudero y lanzando mueras a los traidores. No hubo enfrenamientos, porque los soldados permanecieron acuartelados. Les faltaba decisión para lanzarse abiertamente a la insurrección y enfrentar al movimiento popular.

A pesar de la debilidad política del ejército, para los escuderistas era claro que se encontraban en desventaja militar. Durante esos días, se barajaban en la cabeza de Escudero y sus compañeros dos planes: llamar a los agraristas para que vinieran al puerto y sumar sus fuerzas a las de ellos para atacar los cuarteles, o retirarse fuera del puerto, concentrarse y luego caer sobre los militares.

Mientras los escuderistas se organizaban, los militares conspiraban abiertamente con los gachupines. El capitán Castellblanch narra una reunión celebrada en el comedor de la casa comercial La Ciudad de Oviedo a la que asisten los militares Crispín Sámano, el coronel Flores, el capitán Fausto Morlett y el teniente Alarcón, algunos funcionarios federales, la plana mayor del gachupinismo (Sutter, Luz, Muñúzuri) y los jefes de las casas comerciales; Marcelino Miaja y Juan Rodríguez, de B. Fernández Hermanos (La Ciudad de Oviedo), y Pascual Aranaga y Ángel Olazo, de Alzuyeta y Cía. En esta reunión los militares prontos a sublevarse pidieron un préstamo de cincuenta mil pesos para los «haber» de la tropa.

Don Marcelino Miaja, que llevaba la voz cantante de las casas, dijo que a ellos les importaba una «hostia» el movimiento delahuertista, y que si estaba

Las dos muertes de Juan Escudero

metido en él era porque querían la desaparición de Juan R. Escudero, que era una espina clavada en el costado izquierdo.

Dicen que dijo: «Damos los cincuenta mil que nos pide el general Sámano, en calidad de préstamo, porque tenemos fe en su palabra de soldado de que al triunfo nos los va a devolver».

Y luego de hacer una pausa en que cambió miradas con Pascual Aranga y Jesús Fernández, los otros dueños de las casas comerciales, agregó: «Pero damos diez mil pesos en oro, constantes y sonantes, peso sobre peso, al que mate a Juan Escudero y a sus hermanos».

Pocos días antes del 15 de diciembre, Juan mandó un mensaje al presidente municipal (que lo suplía desde principios del año) Ernesto Herrera, para que se preparara a abandonar el Palacio Municipal, soltara a los presos y se uniera a los agraristas de Coyuca que merodeaban cerca del puerto. Estaba consciente de que en cuanto los soldados se decidieran «nos echarían a patadas del Palacio».

Parece ser que la decisión final fue lanzar el ataque sobre Acapulco, y se pidió al adolescente Gómez Maganda que llevara un mensaje para que los agraristas cayeran por la noche sobre el puerto. La intervención de la madre de Escudero, diciendo que en las condiciones de su hijo esto sería un suicidio, impidió que el mensaje partiera. Juan en aquel momento le dijo: «Está bien, mamá, así lo haré, pero no olvides que nos costará la vida». Ante esta situación

se montó un plan alternativo. Los dirigentes del POA abandonaron a caballo el puerto en la noche del 15; un grupo de hombres armados protegería la fuga de Juan, que iría en ancas con Julio Diego.

En estos momentos, la madre de Juan R., doña Irene, un personaje secundario a lo largo de toda la historia del escuderismo, cobra un lugar fundamental en la trama. Relacionada con el cura Florentino Díaz, comenzó a intercambiar mensajes con los militares acuartelados en el fuerte de San Diego. Estos, a través del religioso, ofrecieron garantías a Escudero si se quedaba. Juan R., conociendo el valor de la palabra de sus enemigos, insistió en la fuga, pero su madre amenazó con lanzarse a un pozo si él se iba. Ante la presión, el inválido dirigente acapulqueño cedió; junto con él se quedaron sus hermanos. El resto de los dirigentes del POA abandonaron Acapulco.

Juan ordenó a sus hermanos que quemaran los papeles del archivo. La hoguera se hizo en la parte de atrás del patio, donde estaba enterrado el brazo de Juan.

Pocas horas más tarde, una patrulla militar que mandó el capitán Morlett llegó frente a la casa de la familia Escudero. Juan se enfrentó violentamente a su madre diciendo: «¿Dónde están las garantías que te ofrecieron?» La mujer todavía intentó que sus hijos se entregaran pacíficamente y llamó en su auxilio al cura, al que Juan se negó a recibir. Al fin, la patrulla rompió las puertas y detuvo a Juan, Francisco y Felipe Escudero; los tres fueron conducidos al fuerte de San

Las dos muertes de Juan Escudero

Diego. Todavía hubo un intento de parte de algunos de los seguidores del POA, que se habían quedado en el puerto, de rescatar a los hermanos Escudero, pero nuevamente doña Irene intervino para impedirlo diciendo que si había choques armados matarían a sus hijos. En este caso, afortunadamente, porque la mayoría de los costeños que querían lanzarse contra el fuerte estaban desarmados.

Al día siguiente, a las ocho de la noche, los grupos de agraristas de Tecpan y Atoyac acaudillados por Amadeo Vidales tomaban Pie de la Cuesta y cerraban los caminos por ese lado hacia el puerto. Amadeo llamaba a los habitantes al levantamiento popular contra los delahuertistas de la guarnición de Acapulco y pedía a los agraristas de la Costa Grande y de Costa Chica que se concentraran en torno a la ciudad.

Durante cuatro días los hermanos Escudero permanecieron encerrados en el fuerte de San Diego. Mientras tanto los militares negociaban con las casas comerciales el precio de la cabeza de los dirigentes populares acapulqueños. En los libros mayores de contabilidad de las empresas aparecen registradas misteriosas salidas de dinero. Según Mario Gil, la colecta realizada entre los dueños de las casas comerciales ascendió a treinta mil pesos (una verdadera fortuna en aquella época) destinados al coronel Sámano y al mayor Flores. Al capitán Morlett le habían ofrecido la cantidad de diez mil pesos de premio y Reginaldo Sutter añadía la promesa de darle la mano

de su hija Ernestina, de quien estaba enamorado el pistolero.

Mientras tanto, en el fuerte de San Diego, Felipe pasaba el rato tocando el violín. Había convenido con su esposa que tocaría a ciertas horas para que se supiera que estaban vivos. Una y otra las notas del vals Evelia, su canción favorita, se repetían.

El 20 de diciembre la transacción llegó a su fin y a media noche fueron sacados del fuerte los hermanos Escudero en un camión de la fábrica La Especial, propiedad de los gachupines. Los custodiaba un grupo de militares comandados por el capitán Morlett y los pistoleros de Rosalío Radilla y Reginaldo Sutter. En el camino Felipe trató de rebelarse y se enfrentó a patadas a un soldado, pero fue reducido.

El camión se detuvo donde se habían interrumpido las obras del camino hacia Chilpancingo y fueron conducidos hacia el poblado de Aguacatillo; Juan era llevado en hombros por sus hermanos. A la una de la madrugada los tres hermanos Escudero fueron colocados ante una barda y fusilados. Para que sus fantasmas no retornaran de la muerte, Felipe, que tenía veintidós años, recibió catorce tiros de rifle, Francisco, de treinta, siete impactos. Tras el fusilamiento, el capitán Morlett le puso la pistola a Juan en el nacimiento de la nariz y le dio el tiro de gracia.

Al amanecer del día 21, el campesino Leovigildo Ávila encontró los cuerpos. Se acercó a ellos y descubrió que uno de los tres hermanos aún vivía: era Juan

Las dos muertes de Juan Escudero

Ranulfo Escudero. Al ver al campesino le pidió que buscara a Patricio Escobar en el poblado de La Venta para levantar una declaración sobre quiénes habían sido los autores del asesinato de sus hermanos. Las autoridades de La Venta, atemorizadas, se negaron a levantarlo y llevarlo a Acapulco para que fuera atendido. Tenía siete heridas de bala en el cuerpo, pero el tiro de gracia había resbalado sobre el hueso sin entrar al cráneo.

Cuando en Acapulco comenzaron a llegar las murmuraciones de que Juan y sus hermanos habían sido asesinados en el Aguacatillo, una enorme procesión de hombres y mujeres abandonó la ciudad. Cuando los dueños de las casas comerciales escucharon el rumor de que Juan R. Escudero estaba vivo, no lo podían creer. Uno de ellos envió a un hombre a darle un recado al médico y vicecónsul norteamericano Pangburn, diciéndole que si trataba de curar a Escudero, de volverlo de nuevo a la vida, ellos lo iban a matar a él.

Pero Juan estaba vivo cuando a media tarde llegaron los primeros grupos. Poco a poco, una multitud se reunió ante los cuerpos de Francisco, Felipe y Juan. Éste decía, según los hombres y mujeres que tenía más cerca y que escuchaban sus extraños y rotos balbuceos: «Sigán adelante, que nuestra muerte no haya sido en vano». La multitud esperaba el segundo milagro. En un camión de redilas, manejado por el señor Ponce, concuño de Francisco, Juan fue cargado

Paco Ignacio Taibo II

para ser conducido a Acapulco. El pueblo avanzó detrás del camión.

A las siete de la noche, dieciocho horas después de que le hubieran dado el segundo tiro de gracia en su vida, en el lugar llamado El Raicero, en el camino de Acapulco a Chilpancingo, por el que tanto había peleado, Juan Ranulfo Escudero, de treinta y tres años, murió en brazos de amigos y compañeros.



***SOBRE LAS FUENTES Y AGRADECIMIENTOS A
INFORMADORES Y AMIGOS***

Una primera versión de este trabajo, a la que han seguido otras dos, fue realizada conjuntamente con Rogelio Vizcaíno.

El periodista mexicano Mario Gil fue el primero en descubrir la historia del escuderismo en los tiempos modernos y publicó un largo artículo titulado “Los Escudero de Acapulco”, que reescribió más tarde como “El movimiento escuderista en Acapulco”; gracias a la generosa colaboración de su compañera, Benita Galeana pudimos consultar muchos de los documentos y las notas de Gil en su archivo personal. Mario volvió por tercera vez sobre el tema en el libro *México y la revolución de octubre*.

El otro estudio contemporáneo de valor es el de Renato Ravelo: Juan R. Escudero, biografía política. Renato, gran amigo, compartió conmigo su archivo.

Hay algún material interesante en la biografía de Alejandro Martínez Carvajal; Juan Escudero y Amadeo Vidales y en el libro de Alejandro Gómez Maganda: Acapulco en mi vida y en el tiempo.

La información esencial se encuentra en la colección de *Regeneración* en el Archivo Municipal de Acapulco, cuyo acceso nos permitió Marisela Ruiz Massieu, así como en las actas de cabildo del periodo.

Las dos muetes de Juan Escudero

Hay alguna información interesante en el Archivo General de la Nación, ramo presidentes Obregón/Calles y en los informes consulares que se encuentran en el Archivo Nacional norteamericano.

Materiales de menor importancia en las *Memorias de un delahuertista* de Castellblanch y en el *Epistolario revolucionario* de Ricardo Flores Magón. La prensa nacional mexicana apenas si recoge breves reseñas, sobre todo en *El Universal*, que era el gran periódico conservador de la época.





Paco Ignacio Taibo II
(Gijón, Asturias 1949)

Periodista, autor de novelas históricas y policiacas, además de fundador y director del festival multicultural “Semana Negra”, de Gijón. Radica en México desde 1958, donde desarrolla gran parte de su carrera de cronista y escritor. Cuenta con más de 50 títulos publicados, entre los que se incluyen cuentos, comics, ensayos y reportajes.

Entre los más conocidos se encuentran: *Héroes convocados: manual para la toma del poder* (1982), que obtuvo el Premio Grijalbo de Novela; *Bolcheviques. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México 1919-1925* (1987), Premio Francisco Javier Clavijero; *Cuatro manos* (1991), con los premios Internacional Dashiell Hammet y el Latinoamericano de Novela Policiaca y Espionaje; *La lejanía del tesoro* (1992), Premio Internacional de Novela Planeta-Joaquín Mortiz; *Ernesto Guevara, también conocido como el Che* (1998), Premio Bancarella, y *Pancho Villa* (2007). Su más reciente publicación es *El Retorno de los Tigres de la Malasia*, publicado por Editorial Planeta.